

HOMENAJE A PANTXO LABAYEN

AMIGO NUMERO UNO DE ALDEANOS Y PASTORES

POR MATXIN LABAYEN

DEDICADO A MI PRIMA MARTA.

Si entre la lista de montañeros tolosarras vivos o difuntos —y todo el mundo sabe que Tolosa es la Meca del más puro montañismo—, tuviésemos que citar al más famoso y sobre todo al más humano de todos, ése sería sin duda Pantxo Labayen (R. I. P.). Para la mayoría de los aficionados al monte, Pantxo era más que un montañero más, quizá algo distinto no sabemos por qué —célebre desde luego por sus chistes, su buen humor, su alegre camaradería, tan contagiosa— era el eterno hombre joven en el sentido más amplio de la palabra. Su curiosa y aparente despreocupación le hacía tomar la vida en broma —al igual que uno de esos personajes de Dickens— que se ríe de todo y de todos, con bonachonería claro es, adaptado a nuestro País Vasco tan lleno de personajes de novela.

Pero para mí, que le conocí íntimamente en os últimos años de su vida —sin duda los más fecundos— y me tocó ser el oidor de sus confidencias, era mucho más que todo eso.

Y los dos aspectos de su vida que quiero citar, dejando de lado otros ya conocidos, son su amor al Paisaje Vasco —Paisaje puro— y sobre todo su labor social y humana entre pastores y aldeanos no igualada por ningún montañero y quizá por nadie aquí en Tolosa.

Pantxo era el gran amante y admirador del Paisaje —mucho más de lo que algunos se imaginan—, y gustaba contemplar con alma de silencioso artista —constituyendo esta contemplación una bienhechora compensación a sus muchos sinsabores—, los caminantes y eternos Paisajes de Aralar —su segunda patria— verdes en primavera, amarillos y naranjas en verano, rojos y morados en otoño, blancos azules en invierno. Gozaba de la soledad y del silencio del incomparable bosque del Realengo —auténtico parque—, captando con su máquina y un sentido artístico asombroso —que muchos fotógrafos quisieran para sí— bosques, colinas, ríos, escenas campestres o de pueblo.

Amaba el silencio musical tan lleno de vida de los rincones salvajes y escondidos —opinando sin duda como el gran poeta inglés Keats— que las melodías silenciosas son más dulces que las que se escuchan.

Quería, anhelaba, deseaba con todo corazón, que nuestro Paisaje fuese siempre bello, salvaje, romántico como lo hizo Dios, con frondosos bosques de hayas, castaños y robles, ríos transparentes y juguetones, y en el fondo, como al joven protagonista de la inolvidable novela «Cuan verde era mi valle» le dolía verlo afeado, pelado, triste, negro, víctima de la industria.

Pero Pantxo aspiraba aún a más, a muchísimo más, como veremos a continuación. Y esa aspiración fue el Gran ideal de su vida y por El sacrificó juventud, madurez, comodidades mundanas y un sin fin de cosas que no me es posible enumerar. Y con justicia diré que no escatimó esfuerzo alguno para que ese hermoso ideal tan humano y profundo, tan incomprendido, fuese una realidad. Y ahora al correr del tiempo y el tiempo, como dice el poeta latino Horacio, va de prisa, veo su figura inolvidable, boina negra, cazadora ocre, pantalones bombachos, botas de monte, y el inseparable bastón, recorrer con buen o mal tiempo aldeas, caseríos, txabolas, charlando con baserritarras y pastores, interesándose por sus problemas, sus dificultades económicas, sus anhelos y esperanzas, identificándose con ellos hasta sacrificarlo todo. Aún le entreveo en la penumbra amarillenta, violácea, blanquecina, tristemente comercial de su oficina, tecleando nervioso una vieja y destartalada máquina del año de Mari Castaña, digna de un Museo de cosas raras, escribiendo artículos y más artículos dignos del incansable escritor El Tostado, cuya afición a escribir era proverbial, en defensa de aldeanos y pastores, intentando romper nuestro frío hielo, proyectando la construcción de una carretera a tal o cual pueblo perdido en el monte como un refugio de águilas. Y cuando me enseñaba fotos suyas coloreadas por él mismo con lapices de colores, fotos en Pantxocolor, o me hacía hacer algún dibujito como decía él, en tinta china negra, las más de las veces copiando figuras de caseríos de Goiko algo caricaturizadas, me sentía feliz aunque no comprendía como comprendo ahora sus desvelos por aquellos rudos seres que constituyen la piedra angular de nuestra raza vasca. ¿Qué tenemos nosotros los que vivimos en la ciudad y que tanto presumimos de cultos y modernos sino palabras de desprecio para esa buena gente?

Un repertorio que va desde el calificativo tan vergonzosamente extendido de Pello hasta otros que prefiero no citar, descubren bien claramente nuestro frío egoísmo, nuestro repelente orgullo, nuestro ridículo snobismo.

No vamos a negar que en todas partes del mundo no sólo aquí, el aldeano es primitivo, rudo, tosco, algo desconfiado, pero si nos molestamos en profundizar un poco y Pantxo lo hizo como nadie, vemos que en el fondo, el aldeano, salvo excepciones inevitables, es un ser bondadoso, sencillo, inteligente, capaz de grandes cosas y además servicial y comunicativo, todo ello no exento de infantilismo.

Y así como el gran pintor francés moderno Paul Gauguin encontró en Tahití un lugar ideal para sus cuadros, un lugar alejado de la decadente civilización como decía él, y un rincón incomparable para su labor social entre los rústicos de la isla, así Pantxo encontró en el Aralar un lugar ideal para sus magníficas fotos y sobre todo para su labor social.

Y además está bien claro que el verdadero culpable de la ignorancia y del salvajismo, aparente muchas veces del aldeano, no es siempre éste, sino el



caciquismo y la explotación de que ha sido y es aún víctima en muchos lugares del mundo.

¿Y qué diremos de la labor humana de Pantxo? En sus artículos defendió siempre nuestras costumbres y tradiciones, el baile al suelto tan alegre, tan rústicamente bonito, el cual desgraciadamente en muchos pueblos ha desaparecido ahogado por la orquestina tan vulgar, y nuestra aitoreña lengua de origen desconocido. (Así la llamaba él).

Pantxo quiso convencernos de que directa o indirectamente todos descendemos de la aldea, que difamar a ésta es renegar de nosotros mismos.

El gran Virgilio afirmaba con razón que la grandeza y salvación de Roma que ya empezaba a decaer, estaban en el retorno a las virtudes aldeanas, aquella gloriosa época heroica de Roma que no había de resurgir, y Pantxo estaba de acuerdo con él.

Ayudándole a vivir al aldeano, educándole, tarea de un heroísmo sin límites, que a veces parece imposible por el espíritu cerrado, aislacionista de muchos

hombres del campo, haremos que este viva dígnamente como ser humano que es y con él nuestras tradiciones y nuestra lengua.

Y ahora, para terminar, lanzo al vuelo este proyecto. J. M. Peciña el montañero audaz, sin miedo, cuya ilusión era afrontar el peligro escalando las más peligrosas cumbres, cual un semi Dios que intenta ascender al Olimpo incitando las iras de los dioses Bienaventurados cuya presencia, cuyo soplo divino parece aún notarse sobre todo en Grecia, tiene su modesto busto en las faldas del Uzturre.

¿Por qué al término de la carretera de Izaskun, la última realización de Panxo y que tantos disgustos le costó como decía el buen don Wenceslao Mayora, que en gloria esté, no se le hace un busto?

Todos sabemos que esto no es cuestión de dinero, o por lo menos es mucho más cuestión de buena voluntad que de dinero, buena voluntad y agradecimiento por su labor social y humana en favor de pastores y aldeanos.

Y del viejo estudio de López otro personaje Dickensiano, que me recuerda el simpático mister Mickawber de David Copperfield, siempre contento, escondido, aislado del mundo en ese romántico rincón azul, oro y violeta, de ese poético estudio que parece con su misteriosa semi oscuridad propia de un relato policíaco de Maigret, sus cachivaches y sus trastos extraordinarios, la mansión encantada de un mago retirado del mundo, cuyas manos mágicas hacen milagros, han salido y pueden salir aún tantas obras de arte.

Adelante, pues, y que este proyecto con la voluntad de todos no deje de ser una venturosa y feliz realidad.